

Psiquismo e Historias: Modos de Inscripción de lo Subjetivo

Psyche and Histories: Inscription Modes of Subjectivity

María Inés Winkler y Ximena Wolff
Universidad de Santiago de Chile

La discusión epistemológica actual ha implicado una revisión de objeto y método en la mayoría de las ciencias sociales, discusión a la que no han escapado ni la psicología ni la historia. El presente trabajo analiza confluencias y divergencias teóricas y metodológicas de historia y psicología (psicoanálisis), a partir de cuatro enfoques relativamente nuevos: nueva historia, historia de las mujeres, historia de las mentalidades y psicohistoria. Las tres primeras emergen como revisiones internas de la historia, mientras la psicohistoria propone la aplicación de perspectivas psicológicas a la historia, postulando la revisión del fenómeno histórico a partir de la comprensión del psiquismo, en especial de la motivación. Se concluye acerca de las influencias recíprocas y la múltiple inscripción de lo subjetivo.

As a consequence of the current epistemological argument social sciences have had important methodological adjustments and even a revision of its main foundations. Psychology and history have not escaped the controversy. This paper analyses theoretical and methodological similarities and differences between history and psychology. In such endeavor, we will take advantage of four different and relatively new perspectives: new history, women's history, history of collective mentalities and psychohistory. The first three perspectives emerge as internal revisions of history while psychohistory attempts to apply a psychological perspective to historical events. Psychohistory proposes a review of historical events from a psychological comprehension of human mentality, especially of human motivations. A discussion of reciprocal influences and multiple understandings of subjective experiences concludes the article.

Introducción

La discusión acerca de la postmodernidad, sea ésta entendida como cambio de época, corriente de pensamiento, movimiento cultural o una hipótesis a conversar acerca de lo que está ocurriendo (Silva, 1996; Vattimo, 1990; Winkler, 2001) ha incorporado el tema de la interdisciplina. Los cuestionamientos ontológicos, epistemológicos y metodológicos han alcanzado a las ciencias sociales y por lo tanto, también a la psicología.

Ante los enormes cambios que implican los avances tecnológicos y en las comunicaciones, y ante el surgimiento de nociones tales como aldea global, incertidumbre, compresión del tiempo y espacio, relativismo valórico, crisis de paradigmas y otras presentes en la discusión, se hace necesaria la precisión conceptual y la delimitación de teorías y métodos. Especialmente relevante aparece ello en las ciencias sociales, en las que abundan los desarro-

llos teóricos que se instalan justamente en la frontera de las disciplinas históricas.

En este ambiente de cuestionamientos y no-certezas, la importancia de delimitar campos y métodos adquiere una renovada importancia. Una cuestión que ha estado ausente en las discusiones teóricas e investigaciones de los psicólogos corresponde a las relaciones, diferencias y similitudes con la historia y sus desarrollos. La historia ha sido incorporada en psicología tradicionalmente tan sólo como una breve —a menudo escasa o incompleta— introducción o contextualización general; o como parte del análisis en la historia clínica de un sujeto; o como área de la disciplina en los trabajos que abordan la historia de la psicología. No obstante, una exploración de la literatura disponible evidencia una ausencia casi total de discusión o revisión de las relaciones posibles de establecer entre historia y psicología; aunque son rastreables momentos del planteamiento del tema, por ejemplo en los trabajos freudianos y en desarrollos teóricos y metodológicos actuales que se instalan en la confluencia de ambas disciplinas, como en la psicohistoria. Así, lo que se requiere es una mirada focalizada justamente en los puntos de contacto y divergencia entre las disciplinas; y ello se hace más necesario en tanto la propia historia, a partir de sus correspondientes crisis epistemológicas y metodológicas ha avanzado desde los

María Inés Winkler y Ximena Wolff, Escuela de Psicología.
La correspondencia relativa a este artículo deberá ser dirigida a María Inés Winkler, Escuela de Psicología, Universidad de Santiago de Chile, Ecuador 3650, 3º piso, Santiago, Chile. E-mail: mwinkler@lauca.usach.cl

Este artículo fue elaborado como parte de la discusión teórica en el proyecto Fondecyt 1990811 "La otra historia de la psicología: aportes femeninos al desarrollo de la disciplina".

planteamientos tradicionales a posturas que incorporan el estudio de la subjetividad, por ejemplo, la historia de las mentalidades y la historia de las mujeres.

El presente trabajo intenta dirimir los puntos de confluencia teórica y metodológica de un conjunto de disciplinas emergentes en el campo de la conceptualización histórica. Hemos estructurado la presentación en tres apartados. En primer lugar, el psicoanálisis, en tanto doctrina de la constitución de la subjetividad y en razón de la profunda ruptura epistemológica que inaugura en las ciencias sociales. En segundo lugar, revisaremos lo relativo a la historia y sus ramificaciones: nueva historia e historia de las mujeres. Y en tercer lugar, veremos dos posturas que enlazan historia y psicología: historia de las mentalidades y psicohistoria. Surgen en distintos momentos y contextos geográficos abordando temáticas y utilizando metodologías afines, haciendo urgente un análisis comparativo de sus especificidades y aportes.

Psicoanálisis

Si bien es cierto que el psicoanálisis surge de la relación particular del terapeuta y su paciente, es decir del caso singular, se extiende a textos claramente sociales, como es evidente en la publicación de "De Guerra y Muerte. Temas de Actualidad" (1915), "Psicología de las Masas y Análisis del Yo" (1921), "El Porvenir de una Ilusión" (1927), "El Malestar en la Cultura" (1930), "¿Por qué la Guerra?" (1933 a), y "Moisés y el Monoteísmo" (1939), entre tantos otros temas que aborda Freud.

Si su primera aproximación nos habla de inconsciente, preconscious y consciencia, en la reconceptualización del aparato psíquico, Freud delimita las tres instancias conocidas como yo, ello y superyo, y caracteriza sus funciones. Para los efectos de este trabajo, consideramos de interés fundamental la figura del superyo, en tanto que heredera del complejo de Edipo implanta una normatividad que anteriormente no existía, así la cría humana se convierte en miembro de una sociedad, en una transmisión cultural. "Así, el superyo del niño no se edifica en verdad según el modelo de sus progenitores, sino según el superyo de ellos; se llena con el mismo contenido, deviene portador de la tradición de todas las valoraciones perdurables que se han reproducido por este camino a lo largo de las generaciones" (Freud, 1933b, p. 62).

Por otra parte, esta herencia psicológica que "instaura una continuidad psíquica entre las generacio-

nes cuya causalidad es de orden mental" (Lacan, 1938, p. 8), no es nunca absoluta; dando espacio para la singularidad de cada sujeto al "apropiarse de lo recibido y al mismo tiempo imprimirle su marca singular, a través de operaciones de reinscripción y transformación. A esto lo llamamos 'subjetivar' una herencia a fin de reconocerla como propia" (Lamovsky, 2002, p. 1), una subjetividad afectada, sin embargo, de su mal-estar en la cultura, pues civilización implica represión de las pulsiones, fundamentalmente de la agresión. Y sobre esta insatisfacción, la posibilidad de un acceso a la simbolización.

Notable es el análisis que Freud hace de la identificación masculina, en torno a la figura paterna en "Tótem y Tabú" (1912-13) y su exaltación del monoteísmo en sus dos textos sobre Moisés, desligándose de lo materno: "la maternidad es demostrada por el testimonio de los sentidos, la paternidad es un supuesto edificado sobre un razonamiento y una premisa ... eleva el proceso del pensar por encima de la percepción sensible" (1939, p. 110). Es aquí donde llegamos al orden simbólico, que no es el orden libidinal en el que se inscriben tanto el yo como la totalidad de las pulsiones. Tiende más allá del principio del placer, fuera de los límites de la vida y, por eso, Freud lo identifica al instinto de muerte. Y el instinto de muerte no es sino la máscara del orden simbólico, en tanto que está mudo, es decir, en tanto que no se ha realizado.

Su pregunta sobre la psicología de masas y su cohesión la había respondido ya en 1921. Es la identificación de cada uno de los miembros con la figura del líder —que se constituye en ideal psíquico— la que permite la hermandad y la comunidad de la horda y que se opone a lo que considera y vivencia como el rival, el exogrupo.

El yo se inscribe en lo imaginario. Todo lo que es del yo se inscribe en las tensiones imaginarias, como el resto de las tensiones libidinales. Libido y yo están del mismo lado. El narcisismo es libidinal. El yo no es una potencia superior, ni un puro espíritu, ni una instancia autónoma, ni una esfera sin conflictos. Como veíamos, los yoes se ordenan y hacen horda identificándose al ideal del líder.

Con respecto a la metodología, Freud crea un dispositivo que permitirá el acceso a la experiencia de la palabra: a través de la asociación libre del paciente, la escucha flotante del terapeuta, la neutralidad afectiva y valórica ante esa palabra posibilita la reducción de los obstáculos y resistencias que el discurso corriente promueve y potencia, sustentando

la emergencia de la verdad del sujeto. La asociación libre abre al sujeto la vía de esa fecunda equivocación en la que la palabra verídica confluye con el discurso del error. Pero, cuando la palabra rehuye la revelación, la equivocación fecunda, y se desarrolla en el engaño (dimensión esencial que precisamente nos impide eliminar al sujeto como tal de nuestra experiencia, y reducirla a términos objetales) se descubren esos puntos que, en la historia del sujeto, no fueron integrados, asumidos, sino reprimidos. “El sujeto desarrolla en el discurso analítico su verdad, su integración, su historia. Pero en esa historia hay huecos” (Lacan, 1953, p. 249). “No hay que confundir la historia en que se inscribe el sujeto inconsciente, con su memoria, palabra de confuso empleo. Por el contrario ... importa distinguir muy claramente entre memoria y rememoración, del orden, esta última de la historia” (op. cit., p. 287).

Historia y rememoración como privativas del orden humano, no identificable al animal, ya sean mamíferos superiores o ratas de laboratorio. El descubrimiento freudiano del inconsciente se levanta ya en ese entonces contra la vertiente biologicista del psiquismo, insistiendo una y otra vez, —e influido por Brentano— en el valor fundamental de la palabra en el hecho humano, planteamiento de una radicalidad tal que lo lleva a contradecir y a sobrepasar las bases de la filosofía de Kant, afirmando que el juicio de atribución es anterior al juicio de existencia (Freud, 1925).

La conceptualización freudiana excede el ámbito clínico y aborda el análisis de las organizaciones jerárquicas, el papel del arte, la ciencia, la religión, las drogas y la cultura: aporta una explicación de la psicología de las creencias y de la incredulidad, resortes psíquicos de los rituales, concepto de lo sagrado, función de lo demoníaco, orígenes del monoteísmo, estructura de iglesia, entre otros. La crítica al a-historicismo de Freud se derrumba tanto ante el intento clínico sostenido de reintegrar la historia a la vida consciente del sujeto como ante su preocupación por definir las condiciones estructurantes de lo social. Es por ello justamente que —como veremos más adelante— el psicoanálisis se constituye en la fuente bullente para ulteriores desarrollos tales como la psichistoria y la historia de las mentalidades.

Historia

A la historia, entendida como investigación, información o narración de los hechos humanos, le subyace una ambigüedad fundamental pues se refiere,

por una parte, al conocimiento de tales hechos, a la ciencia que disciplina y dirige este conocimiento, (*historia rerum gestorum*) y por otra, a los hechos mismos, a un conjunto o la totalidad de ellos (*res gestae*). El problema se habría solucionado, parcialmente, asignando el término historiografía al conocimiento histórico general o ciencia de la historia, dejando el término *historia* para los significados otorgados (supuestos) a la realidad histórica como tal (Abbagnano, 1961). Sin embargo, también se ha usado el término para el “relato que busca reconstituir el pasado en su verdad; opuesto, en este sentido, a fábula, ficción, novela”; “serie o concatenación de acontecimientos”; “parte de la vida de la humanidad conocida por documentos”; “período de existencia de un estado”; “eventos que marcan un período”; “ciencia que estudia el pasado de la humanidad”; e incluso el “relato de un acontecimiento particular” (Fabre, Le Roux & Paradisi, 1998). Voces o conceptos que perfilan significaciones que van desde la literatura —la escritura como arte— al intento de precisión científica de una construcción que daría cuenta del pasado.

Ahora bien, como disciplina, es posible identificar hitos y etapas en su desarrollo. La escritura de la historia occidental comienza con los griegos. Heródoto (siglo V, a.c.), “el padre de la historia” la inaugura con el relato de las guerras de Persia y luego Tucídides (en la guerra del Peloponeso) registra los eventos en prosa narrativa, en la perspectiva del testigo ocular. Así, desde ellos estos intereses y estándares dominaron los estudios históricos hasta el inicio del Siglo de las Luces (XVIII), sin utilizar documentos para reconstruir el suceso, constituyéndose en un género literario ajeno a criterios de verificabilidad (Mendiola, 1996). La historia como arte tiene por finalidad “que no se desvanezcan con el tiempo los hechos de los hombres” (Schwartzmann, 1992, p.15). Como sus hermanas, la musa de la historia —Clío— patrocina un arte: el relato histórico.

A partir de la modernidad, la posibilidad de la historia como ciencia emerge de la secularización del tiempo sagrado-teológico y ligada a lo profano-social; es decir, al mostrar y situar su carencia de fundamento en la inmanencia de la acción humana. (Mendiola, 1996).

En “Ciencia Nueva”, obra histórica trascendental del siglo XVIII, el napolitano Vico intentó deducir de la evolución de los pueblos las primeras nociones de una filosofía de la historia que ejercería honda influencia en el sistema filosófico de Augusto Comte (Pirenne, 1961, p. VIII). Se desarrolla así

la “historia del acontecimiento” con el análisis de los documentos y la adopción del método crítico que trae aparejados supuestos filosóficos e incide en su concepción determinista (Fabre, Le Roux & Paradisi, 1998).

Para Comte, del estudio empírico del proceso histórico, de la progresión e interrelación de diversas ciencias, se desprende la ley de los tres estadios (teológico, metafísico y positivo) que rige el desarrollo de la humanidad. Así, el positivismo indaga las técnicas de investigación y exalta la objetividad pura como un valor sacro al intentar hacer de la historia “una ciencia” con una metodología modelada por las ciencias naturales (García Leduc, 1997).

Este énfasis en el método trae nuevamente el tema del objeto de la historia. La escuela positivista, que prefiere narrar los hechos ‘tal como’ acontecieron descansa sobre planteamientos filosóficos, ontológicos y epistemológicos, aún cuando no los haya explicitado ni abordado como tema en su “objetivación”.

Las críticas al planteamiento positivista, el cuestionamiento a la posibilidad de recuperar “hechos” y a la objetividad pura, se manifiestan en distintas formas. En Francia, dos obras centrales señalan este quiebre: “La Historia Socialista” de Jaurés y “Los Anales de Historia Económica y Social”. Aquí se sobrepasa lo político en beneficio de lo económico y de lo social: nuevas exigencias de la historia que tiene necesidad de otras ciencias humanas, como la psicología, la lingüística y la antropología, y que avalan una renovación del campo a una problemática más extensa (Fabre, Le Roux & Paradisi, 1998). Diversas manifestaciones de esta apertura hacen visibles elementos y nexos que habían sido omitidos para la conceptualización de los “hechos históricos”. Entre éstas, elegimos la nueva historia y la historia de las mujeres como ejemplos que ilustran el enriquecimiento que aporta la focalización en nuevos objetos de la historia, así como la ganancia derivada de la ampliación de fuentes. Veremos a continuación cómo la nueva historia revoluciona el oficio del historiador y las derivaciones ulteriores de sus planteamientos iniciales. Del mismo modo, se hará evidente cómo la historia de las mujeres denuncia e intenta reparar el sesgo por género que la historia tradicional toleró.

Nueva Historia

La nueva historia aparece en Francia en 1929 con la revista “Annales d’histoire économique et sociales” revolucionando la manera de concebir y

escribir la historia, tras la gran crisis de Wall Street y de la interrogación angustiada de Husserl acerca de la cuestión de la existencia humana y la noción de progreso heredada del siglo XVIII (Roudinesco, 1993).

Problemática y explicativa, se aparta de los personajes ilustres para comprender la vida cotidiana de los hombres [*sic*] y prefiere estudiar las estructuras al relato de los acontecimientos. Como proyecto de historia “global”, comparativo e interdisciplinario parte, simultáneamente, a la conquista del espacio y del tiempo y se dedica a la historia de las costumbres, las mentalidades, las técnicas. Braudel (1996) propone desplazar la mirada del historiador y compara los acontecimientos con las olas en la superficie del mar proponiendo navegar aguas profundas a fin de reencontrar la historia más lenta de grupos humanos en relación a su medio, las estructuras que modelan las sociedades se trate de grandes rutas de comercio o de vías navegables o de mentalidades.

La Escuela de los Anales es fundada por Marc Bloch y Lucien Febvre (Fabre, Le Roux & Paradisi, 1998), y su revista se transforma entonces en referencia obligada e internacionalmente reconocida; simboliza la historiografía francesa más renovadora al presentar toda la diversidad de sus investigaciones históricas, atendiendo en particular a los tiempos actuales, cuya inteligibilidad pasa, en parte, por la mirada del historiador. Braudel (1996) apela a la necesidad de dialogar con otras ciencias, remozando el campo de la historia y, por lo tanto, su objeto. La historia del héroe es sobrepasada para atender a lo económico y social.

En 1931, Bloch publica “Historia Rural Francesa”, un estudio del desarrollo de instituciones rurales desde los tiempos de la invasión hasta la Revolución, y se concentra en el rol largamente negado de los campesinos como actores activos de sus vidas y de su lucha, —a través del sabotaje y la rebelión—, contra los intentos de las clases superiores por quitarles derechos en las cortes. Su importancia radica también en el uso de fuentes: indaga distintos tipos de evidencia, recorriendo Francia y hablando con los campesinos, buscando “huellas”. Postula que los cambios fundamentales ocurren en largos períodos de tiempo, y son a veces imperceptibles, pero los historiadores no pueden cegarse a estos cambios por que demoren tanto. “Historia es por sobre todo la ciencia del cambio” (Goldman, 1994, p. 5).

En 1939-40 Bloch publica “La Sociedad Feudal”, un producto de la “historia total” que promueve desde el primer número de los Anales. Utiliza

allí el concepto de mentalidades, de larga duración (*longue durée*) y una perspectiva interdisciplinaria para la exploración del “clima” mental del hombre [sic] feudal, que anticipa el trabajo de Fernand Braudel y Robert Darnton (Goldman, 1994).

En la década de los 50' las explicaciones positivistas entran en crisis, cuestionadas desde la concepción de qué es un “hecho” y considerando que la modernidad “convirtió el pasado en cosa”. En palabras de Mendiola “la posibilidad del conocimiento del pasado durante el siglo XIX se desplomó (...) se demostró que el “hecho” no es algo dado, sino algo producido. El hecho se configura en función del lugar desde donde se escribe la historia” (p. 3).

En su obra “Historia y Memoria”, Jacques Le Goff (1992) recorre la evolución del oficio del historiador. Examina oposiciones imaginadas y reales entre pasado y presente, antiguo y moderno, historia oral y escrita. García Ledouc (1997) hablará también de esta práctica modesta del oficio de historiador, que recuerda el carácter minucioso y disciplinado de las artes medievales.

Michel Foucault (1983) afirma que la historia actual debe dar sentido al acontecimiento relegándolo a las series de las cuales ha emergido. A la historia global que reúne todos los fenómenos alrededor de un centro único, prefiere una “historia general” sinónimo de dispersión y de discontinuidad.

El cuestionamiento de la historia llegará a plantearse cuál es su objeto. ¿Se refiere a las percepciones y actividades de las elites? ¿Al pueblo común y corriente? Optando por la segunda alternativa, y al cuestionar la historia de los héroes, surge la historia social, que critica el trabajo previo y adopta la cliométrica (Tuchman, 1994). El estudio de las representaciones colectivas, de “las maneras de sentir y de pensar” de diferentes épocas históricas será entonces el dominio de la historia social (Araújo, 1999).

Recién llegada a esta discusión, la historia cultural es, a su vez, entendida en distintas formas: como historia de la cultura; exploración de los significados de las prácticas culturales; explicación histórica de textos culturales y de representaciones. Al entenderla como el análisis de mitos y prácticas culturales, concebidas como “representaciones”, la discusión remite a las teorías postmodernistas. La concepción del registro histórico como texto construido, introduce lo multivocal en tanto refiere al contexto de construcción, contraponiéndose a la “*Gran narrativa, a la marcha de la humanidad a través de las civilizaciones*” que fue la gran tarea emprendida en el siglo XX y opuesta también a la historia

que se quiere positivista. Así una parte de la historia de las mujeres se concibe a sí misma como perteneciente a los estudios culturales en una perspectiva interdisciplinaria que deriva del marxismo europeo, el postmodernismo e interesada en cómo los fenómenos culturales influyen en el orden social (Tuchman, 1994).

Historia de las Mujeres

En el caso de la historia el sesgo por género se ha manifestado doblemente. Por una parte, el registro del quehacer histórico ha omitido el trabajo realizado por historiadoras, y por otra, la mujer como sujeto de la historia es incorporada tardíamente, a partir de los planteamientos feministas.

En forma análoga a numerosas disciplinas científicas y artísticas pareciera que en el registro histórico los principales protagonistas ya inscritos son varones; sin embargo, desde un comienzo de esta disciplina las mujeres también han sido historiadoras. Así, Hannah Adams (1755-1831) será la primera en ser reconocida en Estados Unidos por sus historias de sectas cristianas (1784) aún cuando su interés inicial en escribir fue —al igual que otras escritoras— motivado por razones prácticas: ganarse el sustento. Pauline Wright hace una primera historia del feminismo, en “History of the National Woman's Right Movement” (1881), seguida por historias regionales y por la enciclopédica obra “History of Woman Suffrage” (Davidson & Wagner-Martin, 1995).

La incorporación de la mujer como objeto de estudio histórico, la historia de las mujeres, ha seguido una trayectoria similar a la reseñada para el conjunto de la historia, marcada por fenómenos particulares y propios de su lugar en la humanidad. Se constituye recientemente y se encuentra aún en proceso de legitimación y consolidación (Nash, 1984), impulsada en forma decisiva por la llamada segunda ola del feminismo de los años 70.

En la década de los 40, se aborda el tema de la *sujección histórica*, planteada por Mary Beard, intentando demostrar el prejuicio sexista de los historiadores que suponen a las mujeres históricamente sujetas y subordinadas al hombre. Devela la falta de validez de esta tesis al catalogar numerosas aportaciones de las mujeres como protagonistas independientes en el proceso histórico (1933, 1946).

La tesis de Simone de Beauvoir sustentada en el “Segundo Sexo” (1998) refuerza la idea de la sujeción femenina y su impotencia secular. Demuestra que en un mundo patriarcal la mujer constituye el

Otro, en relación al hombre. En vez de aceptar a las mujeres como sujetos activos y libres por propio derecho, nuestra civilización impone una imagen alienada y objetivada de nosotras mismas. Enraizado en las experiencias tempranas, el proceso de alienación a menudo tiene éxito en lograr que la mujer internalice y se identifique con la imagen patriarcal impuesta.

Recientes publicaciones, especialmente en Estados Unidos de Norteamérica, intentan revertir esta creencia al difundir eventos y experiencias de mujeres, conocidas y desconocidas. Jones (1998) reporta viñetas que "iluminan vida, palabras, obras y legados de mujeres en 10 categorías" (p.1) desde la Reina de Saba (siglo X a.c.) hasta Wendy Williams, la reina del "rock pornográfico".

En la trayectoria del tema, Mary Nash (1984) identifica algunas corrientes historiográficas que pueden ser clasificadas en:

Estudios de mujeres notables: de corte neopositivista, que investigan elites poco representativas de la experiencia colectiva femenina de su época y las limitaciones de enfoque se deben a la falta de inserción en el contexto histórico. No obstante, la biografía supera parcialmente el problema, por la influencia de la nueva historia, incorporando las relaciones sociales entre los sexos, la cultura de la mujer y temas afines.

Historia tradicional de la mujer: abarca temas considerados relevantes como el sufragio femenino, la educación, el control de la natalidad. Es criticada por el matiz androcéntrico¹ de los temas y por la utilización de fuentes tradicionales, como datos oficiales, en un análisis de corte neopositivista, descriptivo y político.

Historia contributiva: el foco androcéntrico se desplaza hacia las contribuciones de las mujeres al movimiento obrero y a los movimientos de reforma y/o nacionales. Esta perspectiva es criticada en tanto se focaliza en el análisis del efecto de tales aportes, utilizando criterios que ignoran la incidencia de tales actividades sobre las propias mujeres, reforzando así la concepción de víctima que reacciona ante la explotación.

Nueva historia de la mujer: intenta elaborar un adecuado marco conceptual vinculado al desarrollo

de la teoría feminista contemporánea y construir una nueva metodología a partir del estrecho contacto con las corrientes renovadoras de las disciplinas históricas, en particular la historia social. Implica una reorientación del enfoque desde la esfera pública a un mayor conjunto de temas, como la familia, el hogar, las relaciones interpersonales, la salud; enfatiza el interés en la experiencia privada y la vida cotidiana, se preocupa de pautas y tendencias de larga duración más que de acontecimientos o hechos singulares². El uso de nuevas técnicas demográficas y la sistematización de datos cuantitativos permiten el estudio de amplios sectores de la población. Sin embargo, aunque no sería correcto plantear que la historia de la mujer sea una parte o sección de la historia social, es posible reconstruir aportes de la historia de la mujer a la historia social en los siguientes aspectos:

- Aporte a la historiografía de la mujer, cuyo objetivo es el análisis de las transformaciones de las estructuras económicas y sociales y su repercusión en las interrelaciones personales y familiares, en relación a la condición laboral de la mujer.
- Desarrollo de los estudios en torno al papel de la mujer en movimientos sociales.
- Estudios del control de la natalidad, la sexualidad y la salud femenina.

Es imposible, en este contexto, omitir la necesaria referencia a nuevos marcos conceptuales derivados de los movimientos feministas. Incluir el sexo como categoría social implica su reconocimiento como grupo social específico, eje conceptual de la nueva historia. La consolidación del factor género como elemento diferenciador y del sexo como categoría de análisis social integral en el análisis histórico amplía la perspectiva en la medida que no sólo abarca los cambios sociales, sino también las transformaciones en las relaciones entre sexos.

Otra perspectiva, aportada por Gerda Lerner (1981), marca una nueva línea de investigación. La historiadora plantea que el estudio de la cultura femenina incluiría no sólo las ocupaciones separadas, el estatus, las experiencias y rituales de mujeres, sino también su conciencia, que internaliza las asunciones patriarcales. El concepto de cultura de la mujer constituye actualmente uno de los avances más significativos de la nueva historiografía y guía parcialmente los estudios desde la década de los 70. Las mujeres vivimos en una dualidad, participamos de

¹ El androcentrismo en las ciencias sociales no sólo ha sido criticado en la historia, sino también, y fuertemente, en la sociología. Véase en K. Myers, C. Anderson y B. Risman (1998) Parte I: The Fourth Revolution: Confronting Androcentrism in Sociology.

² Compárese con la historia de las mentalidades.

la cultura de la mujer y, a la vez, co-participamos de la cultura general dominante de la sociedad. Así, la experiencia social emerge de esta condición específica y de su inclusión en una sociedad concreta, por lo que no puede constituir una subcultura.

La modificación del término historia de la mujer por el de historia de las mujeres pretende captar la diversidad intrínseca al hecho que somos distintas y vivimos en una gran pluralidad de circunstancias culturales, raciales y económicas. No es posible, por tanto, pretender hablar una voz singular y es justamente la pluralidad, desde los distintos rincones del planeta y durante siglos, lo que resiste a las estructuras de poder pues no constituimos un “discurso de minoría”. La pluralidad de voces siempre ha estado allí, sin embargo sólo recientemente las instituciones políticas y académicas han comenzado a considerarlas (Lionnet, 1989).

Confluencias entre Historia y Psicología: Historia de las Mentalidades y Psicohistoria

Hemos presentado una breve descripción de la evolución de la historia en tanto disciplina que se ha visto reformulada en su objeto y método a partir de cuestionamientos ontológicos, epistemológicos y metodológicos, de origen tanto interno como externo. Sin embargo, más allá de la autocrítica, planteamientos más radicales apuntan a la necesidad de la interdisciplina ante las limitaciones que impone la forma tradicional de hacer historia. Así, la recuperación del concepto de *mentalidad*, por la que aboga la Historia de las Mentalidades, implica un rescate de la subjetividad y, en cierto modo, retrotrae a la psicología como disciplina que puede contribuir a la tarea. Por otra parte, y en forma más tajante aún, la psicohistoria defiende la imperiosa necesidad de integrar psicología e historia, como su nombre lo explicita. Veamos a continuación estas perspectivas emergentes y sus formas particulares de encarar estas posibilidades.

Historia de las Mentalidades

La aparición y utilización del concepto de mentalidad, en sí mismo, tiene una historia. En su origen etimológico, mente proviene del latín *mens* (Corominas, 1983), que, según Le Goff (como se cita en Elkin, 1997) refiere a espíritu. No obstante, aclara, en francés *mentalis* no deriva naturalmente de mental, sino pertenece al lenguaje escolástico medieval, señalando los contextos de origen y su evolución

para develar las significaciones, que median en cinco siglos de diferencia.

En el idioma inglés, en cambio, desde el siglo XVII *mentality* sí proviene de mental, designando: “Una coloración colectiva del psiquismo, la manera particular de pensar y de sentir de un pueblo, de un cierto número de personas” (Le Goff, en Elkin, 1997, p. 82). Más aún, sobre el concepto imaginario Le Goff plantea que, gracias al psicoanálisis, a la sociología, a la antropología, sabemos que la vida del hombre y las sociedades está ligada tanto a las imágenes como a las realidades palpables, imágenes que no se limitan a las que se encarnan en la producción iconográfica y artística, sino que se extienden al universo de las imágenes mentales.

En 1877, en Francia se extiende el concepto de mentalidad a forma del espíritu y el diccionario Littré lo ejemplifica en “cambio de mentalidad inaugurado por los enciclopedistas” (Elkin, 1997, p. 2). Hacia 1900 este término es usado como el sucedáneo popular de la *Weltanschauung* alemana, la visión del mundo de cada uno.

Por otra parte, la vertiente etnológica francesa, Lucien Lévy-Bruhl precisamente, reactualiza esta noción de mentalidad que le sirvió para comparar los sistemas de pensamiento prelógicos de pueblos llamados primitivos como un fenómeno colectivo indiscernible del psiquismo individual, en “La Mentalidad Primitiva” (1927). Con un matiz diferente Wallon (1930) relaciona la mente primitiva con la infantil, abriendo nexos hacia el psicoanálisis.

En 1937, Febvre oponía una posible historia de la filosofía a la historia de los historiadores, una historia de las ideas que “en lugar de mostrar maníacos solitarios secretando sistemas de pensamiento intemporales haría vivir hombres reales, inventando sus objetos de reflexión, de manera consciente o inconsciente, según ‘herramientas mentales’ (*l’outillage mental*) de una época” (como se cita en Roudinesco, 1993, p. 133).

Así, en los años 30’, el concepto de “herramienta mental” adquiere un tinte estructural, que en Bloch se muestra en las “representaciones simbólicas”, en Febvre cuando privilegia el “universo psíquico” y en Koyré, en la aprehensión “de una estructura conceptual” que trataba siempre de definir el modelo pensable para una época dada a partir de categorías de la percepción, de conceptualización y de expresión encargadas de organizar la experiencia colectiva e individual de los hombres [*sic*] (Roudinesco, 1993). De este modo, la nueva escuela histórica francesa introduce en el dominio científico este término

en la historia de las mentalidades cuyos teóricos más importantes son Lucien Febvre (1959, 1974, 1975), Georges Duby (1961), Jacques Le Goff (1982, 1990, 1992) y Robert Mandrou (1962, 1973).

En nuestro idioma castellano, mental deviene polivalente ya que designa tanto la capacidad, actividad mental (por ejemplo, en “retardo mental”), como la “coloratura colectiva” del pensamiento de un grupo o un pueblo (“la mentalidad de los chilenos”) y las condiciones positivas o negativas de la inteligencia.

En el dominio de la historia también es utilizado. Phillip Aries usa el concepto de mentalidad referida al tiempo y argumenta que en el nacimiento de la economía moderna fue “necesario cambiar la actitud mental de los hombres [*sic*] ante la riqueza y el goce” (como se cita en Elkin, 1997, p. 16). La historia de las mentalidades surge como reacción contra una historia centrada casi exclusivamente en la descripción económica, es decir, la historia de la forma en que los seres humanos gozan y organizan su realidad y de las relaciones sociales que garantizan ese goce.

Por otra parte, los marxistas británicos en la historia de los movimientos sociales se vuelcan hacia la valoración de factores culturales, más cercanos al concepto francés de mentalidad, revalorizando elementos tales como las tradiciones, los comportamientos atávicos, mitos, formas de sociabilidad, en suma, de todo un mundo ajeno al campo de las ideologías coherentes o de las estructuras económicas. La historia de las mentalidades corresponde a una microhistoria, en tanto comparte temáticamente el interés por aspectos de la realidad que pasan desapercibidos en los estudios de colectivos amplios, tales como las prácticas sexuales y la vida cotidiana (Lorenzo, 1997).

Hoy en día, Gil Zúñiga (s/f) plantea la necesidad de reconceptualizar lo mental como algo que surge en el espacio cotidiano y se expresa en prácticas, comportamientos y representaciones que las personas ejecutan y recrean en el momento de satisfacer necesidades de diferentes tipos. Es pragmático y se rige por la lógica del pensamiento y saber cotidianos, lógica que cambia en función del grupo o clase social y la sociedad o época que analizamos. Adquiere así importancia el concepto de hegemonía, pues la historia de las mentalidades no puede ser entendida fuera de la historia del poder y la designa como un nivel de estudio de lo histórico.

Desde esa primera definición como manera general de pensar que prevalece en una sociedad, has-

ta esa “*prisión de larga duración*”, que define Braudel como uno de los nombres del Otro, el término mentalidad no hace parte hoy del vocabulario técnico de la psicología. El término ha caído en desuso, pero la historia salva la noción y la retoma para las ciencias humanas (Elkin, 1997).

Psicohistoria

Paralela al desarrollo de la historia de las mentalidades emerge la psicohistoria, término acuñado por Clark (1924) en “Psychohistorical Study of Sex Balance in Greek Art” (como se cita en Fuentes Ortega, 1995). En el ámbito literario, este término es usado por Isaac Asimov en su serie de novelas “Fundación”, refiriéndose a una ciencia–ficticia– que permitiría predecir el futuro de la humanidad. En 1957, William Langer, historiador, dicta la conferencia presidencial “La siguiente tarea” ante la American Historical Association, y se convierte en una especie de “héroe” de la psicohistoria al promover la aplicación de la psicología en la disciplina (Beisel, 1999). Antes, precursor una vez más de posteriores desarrollos, Sigmund Freud (1910) publica “Un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci”. Desde la psicología destaca el trabajo pionero de Eric Erikson acerca de Martín Lutero (1958) y sobre Ghandi (1969) en que explora la convergencia entre la historia personal y la historia social.

Conceptualmente, la psicohistoria refiere a la aplicación de perspectivas psicológicas a la historia, asumiendo el desafío interdisciplinario de postular una relectura del fenómeno histórico a partir de la comprensión de la psique. Se manifiesta como la consolidación del enriquecimiento producto de la interdisciplina, enfatizando distintos aspectos: ciencia de la historia, social, de la educación, también lo biográfico, histórico-psicológico, psicoanalítico, psicocultural; la investigación del matriarcado, historia de la niñez y otros (Deutsche Gessellschaft für Psychohistorische Forschung, en red).

La escuela psicohistórica no es monolítica, ni temática ni metodológicamente. En Estados Unidos es posible identificar dos escuelas principales y rivales: el Grupo para la Aplicación de la Psicología en la Historia cuyo órgano de difusión es “The Psychohistory Review”, y que impulsa una “visión ecuménica de la Psicohistoria”; y la escuela fundada por Lloyd DeMause, consolidada a través de la Asociación de Psicohistoria que publica el “Journal of Psychohistory”.

Para Binion (1986), la psichistoria estudia la determinación psíquica inconsciente de todas las acciones e inacciones humanas que constituyen la historia. Ello implica recorrer un doble circuito, conjugando las configuraciones histórico-culturales y el psiquismo de los individuos. En esta tarea, la mayoría de los autores prioriza la teoría psicoanalítica (Fuentes Ortega, 1995; Lloyd DeMause, 1982; Beisel, 1998); sin embargo, otros aceptan la contribución de la teoría sistémica, el estudio de los procesos grupales, la comprensión del funcionamiento neurobiológico del cerebro, el desarrollo fetal y la teoría del trauma (Digital Archive of Psychohistory, en red). En la misma línea, Beisel (1998) apoya la aplicación de cualquier teoría psicológica que enriquezca la comprensión de la conducta individual y grupal. Para este autor, la psichistoria “es la psicología de las personas en la historia: es el porqué de la historia, el estudio de la motivación histórica” (p. 1) o, más formalmente, la aplicación sistemática de los resultados y hallazgos de la ciencia psicológica para explicar la conducta individual y grupal, pasada y presente.

Para Lloyd DeMause se trata, casi militantemente, de corregir una deuda que la historia y las ciencias sociales en general, han tenido con la psicología: *el tabú de lo psicológico*, al no considerar la influencia de los factores psicológicos en la comprensión de los fenómenos históricos. La tradición de los estudios históricos, centrada en el relato del “¿qué?” (ha sucedido), es incompleta, pues requiere agregar la pregunta “¿porqué?” (Binion, 1986) y, al indagar por las causas, se encuentra necesariamente lo psicológico, en tanto subjetividad.

Por otra parte, se aprecia cierta heterogeneidad temática al enfatizar diversos aspectos del devenir histórico como categoría analítica central. Así, habría tres áreas de estudio: psicobiografía, historia de la niñez y de los grupos, a las que se agrega la noción de trauma, perfilado como concepto central por Loewenberg (1995).

La psicobiografía, en palabras de Binion (1986), “implica sensibilizarse al mecanismo de repetición inconsciente de experiencias traumáticas” (p. 48), identificable tanto en la vida de los individuos como en la conducta grupal.

Destacan aquí los trabajos psicobiográficos de Loewenberg (1996) sobre Herzl (fundador y líder del sionismo), sobre la identidad psicosocial de Freud y acerca de los psicodinamismos de socialistas austriacos (Victor y Friedrich Adler), en una psicobiografía transgeneracional. En su ensa-

yo “La adolescencia fracasada de Heinrich Himmler”, Loewenberg busca consistencia en las actitudes emocionales de la conducta adolescente y adulta a partir de los diarios de vida juveniles del nazi (en Beisel, 1999). Binion (1986) refiere en detalle el proceso que culmina en su texto “Frau Lou” (Andreas Salomé) ilustrando la metodología psicobiográfica, que requiere una compenetración casi total con la vida del otro. Más recientemente, en “Rambo y el Dalai Lama: La compulsión a ganar y sus amenazas a la supervivencia humana” Gordon Fellman (1998) expande la mirada eriksoniana sobre las causas del sufrimiento asociadas a las dimensiones inconscientes y examina el significado de las instituciones sociales y la inequidad económica en la generación de la miseria social (en Adams, 1999).

Lloyd DeMause comparte la comprensión de la motivación inconsciente, sin embargo, privilegia el estudio de la historia de la niñez. Postula que la historia involucra la actuación (*acting-out*³) que hacen los adultos de las fantasías grupales, basadas en motivaciones inicialmente producidas por la evolución de la niñez (1982). Desde una posición postpositivista, propone que la psichistoria “es una ciencia, no un arte narrativo como la historia” (1982, p. 132), que debe ser comparativa y generar proposiciones tipo leyes. Coherentemente, construye una elaborada teoría psicogénica de la historia, proponiendo un diagrama que explica todos [*sic*] los procesos históricos. El primer nivel corresponde a la historia de la niñez, determinante de las características y comportamiento del adulto (segundo nivel) y se expresa en las fantasías grupales, fantasías compartidas por los individuos en situación grupal (tercer nivel). La fuente primera del cambio histórico es la psicogénesis, es decir, las transformaciones en los modos de crianza, a través de las generaciones, y que depende de la capacidad de los padres –y sus representantes– de volver a la edad psíquica de sus hijos y elaborar las ansiedades en mejor forma que durante su propia niñez. El énfasis en los aspectos dañinos de los modos de crianza se hace evidente en: “La historia de la niñez es una pesadilla de la que sólo recientemente estamos comenzando a des-

³ Acting out: acciones que presentan un carácter impulsivo relativamente aislables en contraste con los sistemas de motivación habituales del individuo, y que adoptan a menudo una forma auto o heteroagresiva. Al actuar, según Freud, el sujeto dominado por sus deseos y fantasías inconscientes, los vive en el presente con un sentimiento de actualidad, tanto más vivo cuanto que desconoce su origen y su carácter repetitivo.

pertar”⁴ (Lloyd DeMause, 1982, p.1). El progreso psicogénico se manifiesta en alguno de los seis modos característicos, a su vez, de ciertos períodos históricos: *infanticida* (desde a.c.), de *abandono* (a partir del siglo II), *ambivalente* (siglo XIII), *intrusivo* (siglo XVII), de *socialización* (siglo XVIII) y *ayudador* (siglo XX)⁵.

Postulando que las diversas formas de crianza coexisten con mayor o menor preponderancia, propone, adicionalmente, el concepto de *psicoclase* (o clase psicológica) para los grupos de individuos que comparten un mismo modo concreto de crianza. Cada generación aporta una nueva psicoclase a la etapa histórica, alterando las fantasías grupales de las anteriores y produciendo períodos de rebelión, triunfo y reacción. A más alto nivel del modo psicogénico de la psicoclase, menos necesaria sería la actuación de sus conflictos.

Lloyd DeMause (1982) aborda también el tema grupal al analizar las fantasías básicas de los pueblos a partir de las declaraciones hechas por sus portavoces en tiempos de crisis nacional, especialmente en tiempos de amenaza de guerra. Las fantasías colectivas de nacimiento que surgen en las crisis bélicas, serían las mismas en distintos pueblos, en una crisis u otra. La universalidad supuesta en la teoría lloydmausiana, en un símil con el concepto de arquetipo junguiano, es rechazada por Binion (1986) en la medida en que, al pretenderse universal, perdería fuerza explicativa.

Por otra parte, un conjunto diferente de autores desarrolla un trabajo psichistórico a partir explícitamente del concepto de *trauma*. Loewenberg (1996) en “Decoding the Past” pretende que la evidencia es clara respecto a los efectos del trauma: “Dados eventos traumáticos sociales o colectivos suficientemente grandes, nadie escapa al desorden de estrés posttraumático... los síntomas perduran por toda la vida. Nadie es inmune. El trauma masivo es un puente crucial para la historia...” (en Beisel, 1999, p. 91).

La potencia del concepto de trauma se manifiesta en el planteamiento de un cambio paradigmático; en palabras de DeMause (1996) “desde una psicología basada en los impulsos a una psicología basada en el

trauma” (citado en Emery, 1999, p. 724), que conlleva un centramiento en la experiencia consciente. Topográficamente la conciencia se divide en dos regiones: conciencia del espacio y conciencia del tiempo. La segunda se origina en la experiencia de la elaboración psíquica o del trauma.

Biork (1976), al examinar los significados de la Revolución Americana⁶ argumenta que reprimimos los aspectos traumáticos del evento, con recuerdos placenteros que fueron, en esencia, equivalentes a recuerdos “encubridores”. “Las naciones, al igual que los individuos a menudo experimentan la aparición de la neurosis cuando el estrés despierta un viejo trauma” (p. 283), como por ejemplo, el recuerdo reprimido y compartido de una revolución. Así las “naciones neuróticas, al igual que los individuos neuróticos” conducen una interminable batalla por mantener los impulsos inconscientes fuera de la vida consciente. El proceso de proteger el yo y la identidad nacional se hace ritualístico y las defensas son actuadas en forma repetida. La Revolución Americana aparece como el primer recuerdo “pantalla”, avasalladoramente neurótico, uno de cuyos temas se repite desde la guerra contra el bando “monstruo”, a la paranoia ideológica de la guerra civil, hasta los gritos vitriólicos contra los banqueros judíos y la hipérbole emocional del MacCartismo, Watergate, la guerra del Golfo y las Torres Gemelas.

Por otra parte, Stein (1983) argumenta que: la función psíquica de la historia es evitar el tiempo, reemplazar el tiempo con recuerdos sustitutos, recuerdos pantalla sobre los cuales se desplaza el verdadero pasado y por el cual es simbolizado –para re-presentar una realidad fantaseada más atractiva que la realidad... historia (que) es nuestra forma colectiva de acordar no recordar el pasado sino reemplazarlo con un mito, un trabajo onírico compartido acerca del pasado... aprendemos historia de forma de no tener que conocer el pasado personal y grupal... historia es la... narrativa de aquellos actos humanos ‘propuestos’ por el grupo como merecedores de ser inmortales. Desde un punto de vista psicológico, aquellos eventos y secuencias en la realidad natural y social, que corresponden a temas dominantes en las fantasías grupales colectivas inconscientes son subsecuentemente adoptados en la historia grupal oficial (sagrada) (pp. 598, 599, 603).

⁴ Compárese con la siguiente cita “Cuando Tolstoi, Dostoievsky, Sologoub y otros se abocaron al mundo infantil en la década de 1850, describieron una atmósfera de abuso extremo, humillación e insultos” (A. Ananin, 1999, p. 56).

⁵ Para una descripción detallada de cada una de las etapas, véase “The Psychogenic Theory of History” (pp. 132-145) del texto “Foundations of Psychohistory”.

⁶ Corresponde a la Revolución Estadounidense, pero ya no nos sorprende la frecuente y acrítica asunción de Estados Unidos como América; así como Hispanoamérica se rebautizó en América Latina por razones coloniales.

Más allá de la discusión epistemológica existe consenso respecto de la forma o las técnicas en que se debe abordar el trabajo psichistórico. En primer lugar (y en forma similar a la historia de las mentalidades) se fomenta la ampliación de las fuentes, recurriendo no sólo al registro público de los eventos, sino también a diarios de vida, fotografías, caricaturas, biografías y técnicas de crianza infantil de la época (Digital Archive of Psychohistory, en red).

Respecto del entrenamiento, y haciendo eco de la mirada interdisciplinaria, Loewenberg (1995, 1996) postula una doble instrucción (como historiador/a y como psicoanalista), pues la “síntesis última debe ocurrir en la mente del psichistoriador”. Esta exigencia se basa en la necesidad de integridad de los resultados y también de dar cuenta histórica y psicológicamente de los fenómenos en estudio. Defiende la “inevitable subjetividad del académico”, citando a Deveraux en “el estudio científico del hombre [sic] ... debe usar la subjetividad inherente en todas las observaciones, como el camino real a una objetividad auténtica...” (en Beisel, 1999, p. 86).

La cuestión del método remite también a conceptos psicológicos. Lifton (1973) resalta la necesidad de lo que denomina “subjetividad articulada” (en Williams-Keeler, 1973, p. 1), es decir, la deliberada asunción de un rol empático con los participantes (Fontana, Rosenheck & Bret, 1992, agregan: agentes, objetivos y testigos) en un evento traumático de la historia. Lloyd DeMause (1982) recalca la necesidad de identificarse con los actores del drama histórico, explorando el propio inconsciente como vía para capturar las motivaciones históricas. Sólo cuando se alcanza este acto interno de descubrimiento es posible regresar al nuevo material histórico para constatar los patrones motivacionales y las dinámicas grupales. En última instancia, una psique sólo puede explorarse a sí misma para descubrir los motivos de otra.

Encontramos aquí una reedición del método introspectivo, que se contrapone a la objeción comteana que plantea la imposibilidad de la introspección, en tanto no es posible que el individuo pensante se divida en dos, de los cuales uno razone en tanto el otro lo vea razonar (Abbagnano, 1998) y que implicaba la exclusión de la psicología del listado de las ciencias. Binion (1986) señala similitudes con el método de la “intuición” de Bergson, según el cual en la ciencia se debe llevar al máximo la comprensión racional de un tema, observándolo una y otra vez, rondándolo, en espera de penetrar súbitamente en él por una especie de simpatía subjetiva, de in-

tuición inmediata que unificaría los conocimientos previos. Esta penetración imaginaria de un tema histórico, este abstraerse subjetivo artificial en un pensar y un sentir que pertenece al pasado llevado al extremo de volver consciente lo que era inconsciente, es referido como empatía.

La aplicación de la psicología a la historia conduce a los representantes de la vertiente lloydemausiana, a revelar una afinidad entre el trabajo del psichistoriador y el psicoanalista (y por derivación, el psicoterapeuta). Lawton (1990) postula que el psichistoriador/a busca hacer manifiesto el pasado para entender la motivación, pero a diferencia del psicoanalista, no hay nada que “sanar” o “curar”, pues lo que busca es comprender (*verstehen*). El pasado es; sólo podemos cambiar nuestra comprensión de él. La reconstrucción del pasado es una forma de memoria de lo que fue, presentado por el psichistoriador/a sobre la base de evidencias y sentimientos.

Por otra parte, desde la vertiente europea en psichistoria, la Sociedad Alemana para la Investigación Psichistórica (Deutsche Gesellschaft für Psychohistorische Forschung, en red) plantea que el principal desafío reside en que nuestra identidad subjetiva es, al mismo tiempo, resultado del proceso histórico y nuestro objeto de estudio. La investigación psichistórica exige siempre una disposición especial a cuestionar y relativizar los propios supuestos, valores e ideales, pues justamente nuestros supuestos generales y parcialmente conscientes tienen sus raíces en nuestro inconsciente personal y socio-histórico. Así, la psichistoria es también –parcialmente– un desafío a la propia identidad.

Comentarios Finales

Hemos desplegado la trayectoria de diversas disciplinas o ciencias, hemos indagado sus orígenes y los conceptos fundamentales que articulan sus mudanzas, progresos, transformaciones y giros. El ámbito de expresión y construcción de ellos es aquel de la confluencia de las preguntas acerca de la condición humana en su temporalidad: la historia. La conceptualización histórica es histórica ella misma y la cuasi recién llegada, pre-paradigmática, la psicología, sufre similares avatares y comienza a hacer preguntas sobre sus pasos anteriores. La historia de la psicología es relativamente nueva y se confronta, al igual que la historia, con la inscripción de sus grandes hombres en letras doradas, borrando en su pasar las huellas de teorizaciones y de una praxis sostenida mayoritariamente por mujeres.

Para los estudiosos es evidente que el descubrimiento freudiano del inconsciente y la invención del psicoanálisis constituyen un punto de quiebre en la epistemología occidental. Justamente contra la teoría imperante, en su época, de la división sujeto-objeto descentra la noción de conciencia y hace emerger determinantes inconscientes del pensamiento, los afectos y la acción, creando un nuevo objeto de estudio. Lacan (1953) dirá: “¿Qué es un análisis? Es algo que debe permitir al sujeto asumir plenamente lo que ha sido su propia historia” (p. 249). Y resumirá de manera admirable: “El inconsciente es ese capítulo censurado de mi historia que está marcado por un blanco u ocupado por un embuste: es el capítulo censurado” (p. 287).

Freud concibe el lenguaje como base y fuente de todo el psiquismo, y separa las representaciones, visuales y acústicas, en representaciones de cosa y en representaciones de palabra, enlazadas a la verbalización y la toma de conciencia (por asociación de una imagen mnémica y una “imagen verbal”) como paso de la identidad de percepción a la identidad de pensamiento (Freud, 1905). Opuestas ambas a la “muda realidad”, el silencio de lo real, “el-más-allá-del-significado”, enteramente fuera del lenguaje y del inconsciente, allí donde no se engendra ni cabe una representación, causa de las pasiones humanas fundamentales (Lacan 1960), que repite siempre la falla como causa, allí donde cojea el discurso, afectado de un goce desconocido para el que habla: lo que se repite es la mortificación del trauma, lo no superado, lo no realizado: “...los elementos traumáticos- fundados en una imagen nunca integrada ... agujeros ... puntos de fractura, en la unificación, en la síntesis de la historia del sujeto. He señalado que es a partir de estos agujeros que el sujeto puede reagruparse en las diferentes determinaciones simbólicas que hacen de él un sujeto con historia ... Su historia está unificada por la ley, por su universo simbólico que no es el mismo para todos” (Lacan, 1954, p. 292). Sin embargo, “con el pasar del tiempo, a través de la historia humana, asistimos a progresos. Son progresos del orden simbólico” (op. cit. p. 400).

Pero esa historia no se reescribe sino hablándola. Esta articulación de la palabra, la recuperación de su fuerza histórica no es privativa del psicoanálisis: es la zona que comparte con ciencias y disciplinas que investigan e inscriben las modalidades de afectación y/o determinación colectivas, particulares o singulares. Así, la historia de las mentalidades buscará develar los determinantes de aquella “pri-

sión de larga duración” que, como uno de los nombres del Otro, constituye la “mentalidad” y su resistencia al cambio.

Es también aquello que la nueva historia hizo –al apartarse de lo ilustre y del relato heroico de los acontecimientos–, estudiando las estructuras y buscando comprender la vida cotidiana; que es hoy la tarea pendiente para la psicología. Porque si bien, tal cual enuncia Lloyd DeMause, es cierto que la historia ha padecido del tabú de lo psicológico, no es menos verdadero que nuestra disciplina ha sufrido del tabú inverso, el de lo histórico. Más aún cuando éste determina a su sujeto psicológico en el rango compartido con los de su clase, como grupos, masas y poblaciones impelidas por las grandes fuerzas históricas manifestadas en su terrible potencialidad en las crisis. Así, por ejemplo, es notable cómo la psicología y el psicoanálisis se expanden no sólo en función del acierto de sus teorizaciones sino a causa de los grandes movimientos migratorios –tras el holocausto– que traen hacia Norte y Suramérica su labor de pioneros y “colonos”.

De otra parte, son las crisis históricas las que muestran los dramas colectivos y su articulación traumática en las subjetivaciones de lo político, económico, psicológico y psíquico. Es de este modo que la psicología es llamada a tomar un lugar en salud mental, en toda América, durante las dictaduras militares y a la caída de éstas, con toda la amargura de sus efectos: estrés post traumático, duelo e internalización de la impunidad (Pizarro & Wittebroodt, 2001) o “subjetivización de los conflictos” (Salazar, 2001).

Apuntamos y apuramos en esta terminología la urgencia de la reflexión clínica y teórica acerca de las magnitudes del daño y la fragmentación activa que sufren comunidades enteras de lo que fueron los soportes de su “mentalidad” e identidad en esta zona intermedia entre la historia social y las historias de vidas.

El aporte de la psichistoria, al señalar Loewenberg que “el trauma masivo es un puente crucial para la historia” evidencia la potencialidad y el enriquecimiento de la integración disciplinar: al hacer historia ya no podemos obviar la subjetividad, y al hacer psicología no debemos olvidar la historia. Ni sus secuelas, sus consecuencias que, en Chile, se expresan en índices abrumadores de violencia intrafamiliar, maltrato y abuso infantil, depresión individual y ciudadana, rigidización, dogmatismo e imposiciones discursivas. De esta forma, si “la infancia es una pesadilla de la cual recién estamos despertando”,

el “modo ayudador” propuesto por Lloyd DeMause como cúspide civilizatoria no parece realizarse en poblaciones masivamente traumatizadas sino tan sólo excepcionalmente. Está pendiente un verdadero “despertar”. La pesadilla no cesa de realizarse constantemente en la praxis cotidiana de la familia, con figura paterna o sin ella.

La historia de las mujeres y la cultura femenina ofrecen alternativas para la indagación, reflexión y conceptualización en este campo de confluencia real de disciplinas. Los estudios de género han aportado la evidencia de que no se trata de subculturas, sino de construcciones que afectan a la totalidad de la especie.

Una vez más la psicología deberá aceptar el desafío y superar la extrema pobreza de sus aportes a la comprensión de sus pueblos abusados, totalitariamente. La dimensión de género y la praxis mayoritariamente femenina en nuestra disciplina demandan que su función terapéutica no se conforme con la adaptación resignada o las diversas formas de modelamiento, sino intente deconstruir y recuperar la subjetividad afectada por la historia.

Los aspectos metodológicos que hemos destacado en este artículo, nos muestran que en un principio la articulación del relato con la transmisión testimonial y el subsecuente compromiso empático dieron origen a la historia; la neutralidad valórica permitió indagar el despliegue de las estructuras. La hegemonía del método y su exigencia cuantitativa otorgó aportes fundamentales que, sin embargo, han hecho necesario un retorno a la cualidad para dar cuenta del sujeto y de los sujetos, a su calidad de “cuales”, a su subjetividad nuevamente.

Así también la pregunta por la subjetividad de los investigadores se articula a la cuestión del objeto de nuestras ciencias y qué motivación nos hace trabajar y rondar en ellas. Escribir la historia para que no se pierdan los hechos de los humanos es la negación del olvido y reclama la función terapéutica de la rememoración, inscrita como historia vivida, objetivada, ‘apropiada’. La psicología clínica, y en especial el psicoanálisis, saben que un tal olvido no existe y que el agujero, las lagunas del recuerdo se hacen monumento en los cuerpos, se actúan como texto del síntoma y se concatenan en repetición tras repetición. ¿Cómo transferir este saber a la historia? ¿Cómo, colectivamente, podemos desalienarnos de la historia? Este artículo es un esbozo de respuesta, pero necesitamos del concurso de las otras disciplinas para determinar conjuntamente el cómo.

Referencias

- Abbagnano, N. (1998). *Diccionario de filosofía* (3ª ed.). México: Fondo de Cultura Económica.
- Adams, K. A. (1999). Book review of “Rambo and the Dalai Lama: The Compulsion to Win and Its Threat to Human Survival”. *Journal of Psychohistory*, 27(1), 93-97.
- Ananin, A. (1999). Homeless children in Russia. *Journal of Psychohistory*, 27(1), 56-58.
- Araújo, A. C. (1999). História das mentalidades. *Opinioio. Associação de professores de história* [En red]. Disponible en: http://www.aph.rcts.pt/opinioio_1099.html
- Beard, M. (1933). *America through women's eyes*. New York: Greenwood Press, Publishers.
- Beard, M. (1946). *Woman as force in history: A study in traditions and realities*. New York: Macmillan.
- Beauvoir, S. (1998). *El segundo sexo* (4ª ed.). Madrid: Cátedra.
- Beisel, D. (1998). Teaching psychohistory. *Journal of Psychohistory* 25(4) [En red]. Disponible en: http://www.psychohistory.com/htm/01_journal.html
- Beisel, D. (1999). Peter Loewenberg's psychohistories. *The Journal of Psychohistory*, 27(1), 85-92.
- Binion, R. (1986). *Introducción a la psicohistoria*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Biork, D. (1976). The American revolution as a ‘Screen Memory’. *South Atlantic Quarterly*, 75(3), 275-89.
- Bloch, M. (1966). *French rural history*. Berkeley: University of California Press.
- Bloch, M. (1991). *La sociedad feudal. Formación de los lazos de dependencia*. Madrid: Akal.
- Braudel, F. (1996). *L'histoire totale* [En red]. Disponible en: http://www.france.diplomatic.fr/label_france/FRANCE/IDEES/BARUDEL/bra.html
- Corominas, J. (1983). *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Editorial Gredos.
- Davidson, C. & Wagner-Martin, L. (1995). *The Oxford companion to women's writing in the United States*. New York: Oxford University Press.
- DeMause, L. (1982). *Foundations of psychohistory*. New York: Creative Roots.
- Deutsche Gesellschaft für Psychohistorische Forschung e.V. [En red]. Disponible en: <http://www.psychohistorie.de/>
- Digital Archive of Psychohistory. [En red]. Disponible en: http://members.nbci.com/_XMCM/chilshistory/index.htm
- Duby, G. (1961). *Rural economy and country life in the Medieval West*. Pennsylvania: University of Pennsylvania Press.
- Elkin, M. (1997). Psicoanálisis e historia de las mentalidades: una posible aproximación. *Acheronta*, N° 6 [En red]. Disponible en: <http://www.acheronta.org/acheronta.htm>
- Emery, P. (1999). Trauma in psychohistory. *Journal of Psychohistory*, 26(3), 724-741.
- Erikson, E. (1958). *Young man Luther: A study in psychoanalysis and history*. New York: W.W. Norton.
- Erikson, E. (1969). *Gandhi's truth. On the origins of militant nonviolence*. New York: W.W. Norton.
- Fabre, A. M., Le Roux, G. & Paradisis, L. (1998). *L'histoire* [En red]. Disponible en: <http://perso.club-internet.fr/xlab/hist/html>
- Febvre, L. (1937). *Pour une histoire à Part entière*. París: EHESS.
- Febvre, L. (1959). *El problema de la incredulidad. La religión de Rabelais*. México: Uteha.
- Febvre, L. (1974). *Combates por la historia*. Barcelona: Ariel.
- Febvre, L. (1975). *Martín Lutero*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Fontana, A., Rosenheck, R. & Bret, J. (1992). War zone traumas and PTSD symptomatology. *Journal of Nervous and Mental Disease*, 180(12), 748-755.
- Foucault, M. (1983). *El discurso del poder*. Buenos Aires: Ed. Folios.
- Freud, S. (1915/1976). *De guerra y muerte. Temas de actualidad*. Vol. 14. Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1905/1976). *El chiste y su relación con el inconsciente*. Vol 8. Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1912/1976). *Tótem y tabú*. Vol. 13. Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1921/1976). *Psicología de las masas y análisis del Yo*. Vol. 18. Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1925/1976). *La negación*. Vol. 19. Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1927/1976). *El porvenir de una ilusión*. Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1930/1976). *El malestar en la cultura*. Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1933a/1976). *El porqué la guerra*. Vol. 22. Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1933b/1976). *La descomposición de la personalidad psíquica*. Vol 22. Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1939/1976). *Moisés y el monoteísmo*. Vol. 23. Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu.
- Fuentes Ortega, J. (1995). Psicohistoria: Los problemas psico-históricos y el laberinto de la psicología. En *Terminología científico-social. Aproximación crítica*. Tomo III. Barcelona: Ed. del Hombre.
- García Leduc, J. M. (1997). *Dando vueltas al asunto: El historiador al desnudo*. Discurso Magistral pronunciado al ser investido por la Junta Académica del Colegio Universitario de Humacao con la distinción Lección Magistral [En red]. Disponible en: http://uprhmate01.upr.clu.edu/exegesis/ano10/29/Garcia_Leduc.html
- Gil Zúñiga, J. D. (s/f). *De cajón de sastre a la caja de Pandora. A propósito de la historia de las mentalidades en la Escuela de Historia de la UNA* [En red]. Disponible en: <http://ns.fcs.ucr.ac.cr/~historia/articulos/cmental.htm>
- Goldman, H. (1994). Marc Bloc: Israelite de France. *History Review*, 6, Dec. [En red]. Disponible en: <http://www.uvm.edu/~hag/histreview/vo16/goldman.html>
- Jones, C. (1998). *1001 things everyone should know about women's history*. New York: Doubleday.
- Lacan, J. (1938). *La familia*. Buenos Aires: Editorial Axis.
- Lacan, J. (1953/1966). Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis. *Escritos*. México: Siglo XXI Editores.
- Lacan, J. (1954). *Los escritos técnicos de Freud*. Seminario 1. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Lacan, J. (1960). *La ética del psicoanálisis*. Seminario 7. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Lamovsky, L. (2002). *Duelo y transmisión* [En red]. Disponible en: <http://www.efba.org/efbaonline/lamovsky-06.htm>
- Lawton, H. (1990). Philosophical aspects of Psychohistory. *Digital Archive of Psychohistory* [En red]. Disponible en: http://members.nbci.com/_XMCM/childhistory/ja/philoph.htm
- Le Goff, J. (1982). *Time, work and culture in the Middle Ages*. Chicago: University of Chicago Press.
- Le Goff, J. (1990). *Medieval civilization, 400-1500*. New York: Blackwell Publishers.
- Le Goff, J. (1992). *History and memory*. Columbia: Columbia University Press.
- Lerner, G. (1981). *The majority finds its past: Placing women in history*. Oxford University Press.
- Levy-Bruhl, L. (1927). *L' ame primitive*. París: Felix Alcan Editeur.
- Lionnet, F. (1989). *Autobiographical voices. Race, gender, self-portraiture*. London: Cornell University Press.
- Loewenberg, P. (1995). *The fantasy and reality in history*. New York: Oxford University Press.
- Lorenzo, P. L. (1997). El panorama historiográfico actual: Las líneas maestras de la renovación historiográfica. *Campo Abierto*, N° 14, 109-132. Facultad de Educación de la Universidad de Extremadura.
- Mandrou, R. (1962). *Introducción a la Francia moderna*. México: Uteha.
- Mandrou, R. (1973). *Francia en los siglos XVII y XVIII*. Barcelona: Labor.
- Mendiola, A. (1996). Una relación ambigua con el pasado: La modernidad. *Tiempo y Escritura*, N° 0 [En red]. Disponible en: <http://www.azc.uam.mx/tye/esp-20m.html>
- Myers, K., Anderson, C. & Risman, B. (1998). *Feminist foundations. Toward transforming sociology*. Thousand Oaks: Sage.
- Nash, M. (1984). Nuevas dimensiones en la historia de la mujer. En M. Nash (Ed.), *Presencia y protagonismo* (pp. 9-50). Madrid: Ediciones del Serbal.
- Pirenne, J. (1961). *Historia universal*. Barcelona: Editorial Éxito S. A.
- Pizarro, A. & Wittebroodt, I. (2001). La impunidad: Efectos en la elaboración del duelo en madres de detenidos desaparecidos. *Tesis para optar al título de psicólogo*. Santiago: Universidad Academia de Humanismo Cristiano.
- Roudinesco, E. (1993). *Jacques Lacan. Esquisse d' une vie, histoire d' un système d' pensée*. París: Fayard.
- Salazar, G. (2001, 8 al 10 de Noviembre). *Integración social*. Mesa Redonda. III Encuentro de Psicología de Países Andinos: "Integración Social". Universidad José Santos Ossa (Antofagasta).
- Schwartzman, F. (1992). *El sentimiento de lo humano*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Silva, E. (1996). *Ética, postmodernidad y globalización* [En red]. Disponible en: www.uca.edu.ni/ellacuria/postmode.htm
- Stein, H. (1983). Historical understanding as a sense of history: A psychoanalytical inquiry. *Psychoanalytical Review*, 70(4), 595-619.
- Tuchman, G. (1994). Historical social science. Methodologies, methods and meanings. En N. Denzin & Y. Lincoln (Eds.), *Handbook of qualitative research* (pp. 306-323). Thousand Oaks: Sage Publications.
- Vattimo, G. (1990). *El fin de la modernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Wallon, H. (1930) *Principes de psychologie appliquée*. Paris: A. Colin.
- Williams-Keeler, L. (1997). *Psychohistory: The terrible beauty of the confluence of history and psychology*. The American Academy of Experts in Traumatic Stress [En red]. Disponible en: <http://www.aaets.org/arts/art25.html>
- Winkler, M. I. (2001, 8 al 10 de Noviembre). *Nostalgia de un futuro: Comunidad y ética*. Conferencia presentada en III Encuentro de Psicología de Países Andinos: "Integración Social". Universidad José Santos Ossa (Antofagasta).
- Yount, L. (1994). *Contemporary women scientist*. New York: Facts On File, Inc.
- Zermeño, G. (1996). Sobre la "crisis" de la historiografía en México: Notas para una "nueva" historia cultural. *Tiempo y Escritura*, N° 0 [En red]. Disponible en: <http://www.azc.uam.mx/tye/esp-9m.html>